

Corazón amante,  
tiranuelo es  
que osado pretende  
su reino imponer.

Y marchando a ciegas  
y dando traspiés,  
exige dominios  
que quiere absorber.

Son muchos y graves,  
no lo sabes bien,  
los riesgos que acechan  
a todo querer.

Vientos de impacencias  
silban por doquier,  
que amenazan fieros  
las velas romper.

Quejas encontradas  
quieren a su vez,  
unas imponerse;  
otras, no ceder.

Los celos azotan

con furia el bauprés,  
y el «ya no me quieres»  
irrumpe cruel.

Vacila el cariño,  
florece el desdén,  
y ya es muy difícil  
poderse entender.

Si el galán volviera,  
(todo puede ser;  
no es ida la huida  
del que quiere bien.)  
para que la calma  
vuelva a renacer  
y se troque en mieles  
la presente hiel,  
las armas de guerra  
ambos deponed:  
él, de su inconstancia;  
tú, de tu altivez.

VICENTE NERIA

Lea Ud.

«ALCÁNTARA»

y propáguela entre sus amistades.  
De este modo contribuirá a difun-  
dir, dentro y fuera de nuestra re-  
gión, las letras extremeñas.

## Reflexiones en torno a Fernando el Católico

**N**o queremos hacer la ofensa a nuestros lectores de pretender explicarles el reinado de los Reyes Católicos con acopio de sucesos y fechas, ni vamos tampoco a dar datos de archivos que no están a nuestro alcance. Esto sí, creemos que todos los españoles estamos, en este año del Centenario, un mucho obligados a pensar un poco sobre aquel ejemplar matrimonio.

La brillante realidad de su pasado puede que nos ayude a solucionar problemas, a encontrar causas y a descubrir horizontes futuros.

Asombra la realidad de la genial pareja en un país en el cual constantemente han brillado las individualidades y ha carecido de equipos humanos para las tareas del gobernar, quizás porque sus hombres eran tan de verdad que no solían encontrar par

En el extraordinario conjunto que fueron los Reyes Católicos, se ha dado el caso, también singular, de que la figura femenina en la imaginación popular y hasta en la media, ha oscurecido un tanto injustificadamente a su esposo, cuando la obra de ambos está tan engranada que ningún éxito de Isabel se explica sin las realizaciones de Fernando o viceversa. Y si Isabel fué la tierra, la Madre Castilla, interior, sufrida, maciza, aglutinadora, austera y hogareña, Fernando fué el mar ondulante, flexible, blando y profundo, ancho y ambicioso, siempre desparramado y siempre dueño de sí, espejo de las estrellas y vereda de la rosa de los vientos.

Permitidme una pequeña digresión: El Mar y la Tierra vivieron en el principio de los tiempos tan íntimamente ligados, que no se conocían porque no se diferenciaban. Y dice el Génesis, que un día, Dios, separó las aguas y así ya Mar y Tierra tuvieron diferenciación. Y comenta el poeta que, únicamente, cuando el bueno del Sol, una mañana, enseñó, antorcha en mano, al Mar, las cálidas morbideces de la Tierra, la boca se le hizo deliciosa espuma en la común línea del litoral.

Castilla, la Ricafembra y Aragón, el Clarovarón, hubo un tiempo en que también estuvieron confundidos, sin darse cuenta de sus maravillosas diferencias. Tuvo que venir la separación para que la dama Castilla, viese un día desde cualquier alta torre de algún Madrigal los palos veleros de las naves que iban y venían por el Mediterráneo, ansiosas de ser inundadas por corazones castellanos.

También fué entonces cuando el marinero aragonés de en cada puerto un amor, se percató de que sólo teniendo uno muy seguro, son posibles todas las aventuras.

Por más gentil y decidido fué preferido al portugués y desde en-

tonces todos los vientos de Portugal vierten sobre Castilla lluvias de nostalgias

Llegó una mañana el arriero aragonés. En el campo de Castilla cada chopo fué como una bandera desplegada al viento del homenaje... Castilla le cautivó desde el primer momento por lo aguerrido de sus picachos, lo femenino de sus gargantas, con collares de nieve, lo extenso de sus rubias cabelleras de trigo y lo esperanzador de sus verdes pastizales.

La reina Isabel notó que con Fernando entraba en sus tierras un aire nuevo de empresas ultramarinas, de fuerza de Clarovarón y de pericia del que domina la aguja de marear. Eran muy jóvenes, de esa edad en que la delicia de la posesión radica en la entrega.

Castilla presentía el dolor y el gozo del parto de veinte hijas, al conjuro del señalado destino que venía vinculado a aquel hombre y que Isabel quizás pudo vislumbrar en sus sueños de príncipes azules, y que ahora en la realidad no sufrían desilusión alguna.

Aragón, Fernando, como esas olas que desde miles de leguas llegan a decirle sus cuitas amorosas al litoral, vino, atravesando valles y parameras, a murmurarle palabras de ventura al oído de Isabel. Era Aragón, quien se acercaba a Castilla, quien daba ese gran y necesario paso, cual corresponde a un cumplido galán.

Y la hora de Isabel y Fernando fué la hora de las bodas del Mar y la Tierra de España para la mayor grandeza y contento del Mundo.

Fernando se llenó tanto de Castilla, de Isabel, que llegó a sacrificar en más de una ocasión sus fueros personales por el mayor bien de la Unidad. Únicamente esta suprema razón de la Unidad y su buen juicio pudieron salvar aquellos molestos primeros días de su reinado en Castilla en que como dice Palencia: «sufrió las murmuraciones del pueblo que atribuía a bajeza aquel abandono de su cualidad de varón, con que borraba por su tolerancia hasta la ley de la naturaleza y renunciaba a un derecho tan divino como humano».

Isabel como buena fémina era ordenadora. Se sabía alumbrada por esa divina llama de la intuición, gran guía que en su corazón ardía, como diría San Juan de la Cruz, y siempre fué obedecida por su marido, en lo doméstico, en lo castellano.

Fernando, adivinando las virtudes de un perfecto casado que no llegó después a escribir Fray Luis de León, se dedicó a conquistar fuera de casa lo que su mujer tenía dentro de ella.

En un par de ocasiones en que discrepó con Isabel sobre asuntos internos terminó por transigir. Lo bueno era que, luego, sus sinsabores domésticos los descargaba a golpes de espada sobre la cabeza de los moros, camino de Granada.

Si doña Isabel escogía a doña Beatriz para que la enseñase latín en casa, él iba a aprenderlo de viva voz conquistando media Italia.

Si en Castilla había que someter a los nobles echándoles abajo sus castillos, él ya traía aprendida de Aragón la lección de la buena democracia cristiana en la cual el rey no era más que el primero entre los mejores.

No hubiese habido viaje a América sin la conquista de Granada, en la que intervino de una manera tan personal y eficaz, ya que fué la obra de una cabeza tan tozuda por aragonesa como la suya, cuanto la pieza diplomática de un tan fino artista en materia política como él.

Como españoles no podemos dejar de sentir un estremecimiento de satisfacción al pensar que hubo un tiempo en que ante un rey español se movía la política europea... Por encontrarlas muy autorizadas y muy exactas vamos a transcribir las palabras del diplomático español Sr. Doussinague: «encontrarás, lector, motivo de asombro y de admiración ante la visión política extraordinaria y elevadísima del Rey Católico y podrás sin escrúpulo asegurar que ejemplos como este rara vez se encuentran en las páginas de la Historia».

Fernando como genio de la política que era, sabía lo importante que es el saber el cuándo y el cómo hay que transigir y que en último extremo, en la lucha se lleva la victoria quien mejor sabe encajar los golpes contrarios: Impasible, constante y siempre entero, supo quedar a Francia sin un palmo de tierra en Italia. A Italia, cuna del arte y de la cortesía, con la boca abierta de admiración y los puertos libres a nuestra flota, ante la caballerosidad, la cultura y la valentía extraordinaria, sobrehumana, de los muchos Gonzalos de Córdoba y García de Paredes que entre sus capitanes había.

Frente a la engañosa política del «dejar hacer» tuvo la certera visión de que en España existían las gusaneras de judíos y moros. Respecto de Europa había que imperar para no tener que ser sus esclavos. Y mientras dejaba a su mujer la realización de tareas interiores, él, trenzaba limpiamente planes para acabar con el último reducto mahometano, leyes para sujetar la intromisión judía y ejércitos que imponían su política en Europa. Fernando caló como nadie en el carácter español y lanzó a sus hombres a la diana unificadora del exterior como medio mejor para tener tenso el arco interior. «No hay país alguno en el que lo internacional domine y decida la política interior en tan amplia medida como el nuestro. La unidad nacional de España ha estado siempre en función de las gigantescas empresas exteriores. Dejad a los españoles solos ante el problema de gobernarse y los encontraréis perennemente divididos» dice un escritor contemporáneo nuestro.

Ya que en Europa nos motejaban de que eramos más papistas que el Papa, ahí tuvieron un español, modelo de equidad y exactitud, y la bola del mundo se partía bajo el filo de un meridiano, para el misterio y la obra divina del descubrir.

Ya que hubo un tiempo en que España fué granero de Italia, ahora los legionarios españoles, herederos de aquellos romanos, repartían sus besos y sus mandobles como amantes de la vida femenina italiana y como novios de la muerte frente al enemigo; y cosechaban laureles para Marte, coronas para Venus y flores de Diana, muy bellas y muy cazadoras, mientras de su carcaj se dejaban robar dardos de amor y de poesía por los padres de los Boscanes y Garcilasos que entonces y ahora en Italia han sido.

Ya que el gallo francés exhibía fanfarronamente su cresta por encima de las del Pirineo, un poco más a la izquierda o a la derecha, según conviniera a nuestros generales, se la hacían bajar cuantas veces quisieron y provincias francesas por antonomasia pasaban a formar en la larga lista de las españolas.

Inglaterra buscaba, como de costumbre, alianza con el más fuerte y su rey recibía entre grandes festejos a Catalina. Gran pena fué que los Reyes Católicos en vez de una hija, no le hubieran podido mandar una Escuadra Invencible de verdad y así la historia no hubiera tenido que consignar ni el divorcio de Enrique VIII con la Princesa de Aragón, ni el de España con el Mar.

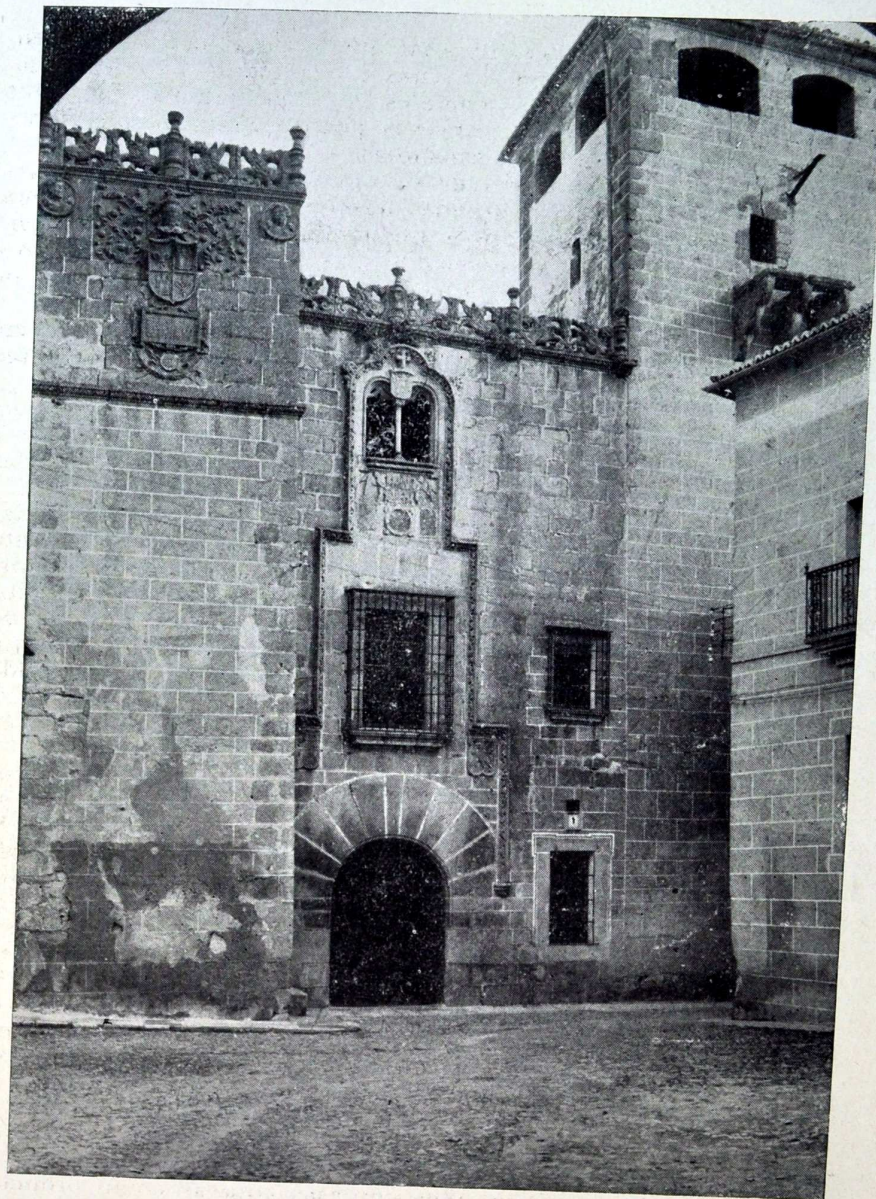
Los éxitos de Italia, las victorias sobre Francia, el mando en el Mediterráneo, la influencia en Roma y el prestigio en Inglaterra, obras muy personales son de Fernando el Católico.

En el juego diplomático mundial de aquella época siempre tuvo los mejores triunfos y reunió la buena estrella de un Alejandro, con la astucia de un Richelieu, la visión de un Napoleón, con la decisión de un César.

Si en el mundo hubiese que escoger el Político por excelencia, por vocación y por temperamento, la elección recaería justamente sobre Fernando. Actuaba teniendo en cuenta siempre la propia fortaleza y la del enemigo y considerando que la inhibición es, multitud de veces, camino hacia el triunfo mucho más seguro que el de la actuación. Toda la prudencia que en el mundial reparto de virtudes debió corresponder a España pareció haber quedado prendida del meridiano de su vida: El dejar hablar, el insinuar, el prometer, el derivar, el soslayar y el combinar eran verbos que dominaba en todo su contenido, como nadie en su época.

¿Quién ha dicho que el triunfo de España radica en el quijotismo o en el fanatismo? Fernando y la triunfante España de su tiempo dan un mentís rotundo a tan desgraciada opinión. El quijotismo es la miopía de la actuación, al no ver la realidad desequilibrada entre los medios que se tienen y los objetivos que se desean conseguir. Entre el querer sin poder de Don Quijote y el no poder ni aun queriendo de Sancho, está el querer cuando se puede de don Fernando, equilibrado y realista hombre de España, de los cuales muchos necesita nuestra Patria: Hombres que estén tan distantes de la acción alocada del héroe de Miguel de Cervantes cuanto del tender la manta en el suelo y echarse a dormir, que señaló cierta vez Miguel de Unamuno: Y este peligro se cierne constantemente sobre los españoles por muy diversas causas.

Por finura espiritual el español toma para sí las empresas más altas del quehacer universal y si no tiene la soberbia de creerse pueblo escogido por Dios, elige empresas cimeras como propias y las remata divinamente. En ellas se apasiona, de ellas se llena y en ellas se emplea desproporcionadamente para sus medios, lo cual, a la larga, le trae un cansancio que le hace tenderse, manta al suelo, al borde de los caminos del mundo, un poco por fatiga y un mucho



ALBUM EXTREMEÑO: Cáceres. Casa de los Golfines de Abajo

también por variar. Como es muy susceptible, basta que perciba en su piel el cuchillo de la incomprensión de los demás para que con todas sus ganas se recueste a tomar el sol, mientras tararea unas peteneras, aparentemente alegres, que en el fondo son unas «soleares» trágicas...

Nunca como este año de recordación de los Reyes Católicos, conviene aprender la lección que con su prudencia y realismo nos dá el Rey Fernando, tan español como el primero y tan católico como el que más.

Católico lo era el Rey Fernando por antonomasia. La fe, no el fanatismo, tan distinto y tan distante, era el gran motor que alentaba las empresas todas de su vida... Mejor que las nuestras, vayan las palabras del Auditor Apostólico Guillermo, enviado especial del Papa Julio II en 1511, cuando le dijo en la Catedral de Burgos: «Porque entre todos los otros príncipes de la Religión Cristiana a ninguno tiene mayor amor y afición que a vuestra católica majestad, así porque después que comenzastes a reynar, ninguna otra cosa tenéis procurado que ampliar y acrescentar la religión cristiana según lo demuestran tantos reinos y ciudades por vos restituidos a la cristiandad, como porque siempre fuistes muy obediente hijo de la Iglesia romana, así mismo porque de ninguno otro príncipe más ha sido ayudada la dignidad eclesiástica y la majestad pontificia ni se espera que de otro sea más favorecida».

Sacrificó en más de una ocasión su propio orgullo, su propia conveniencia en aras de la Cristiandad.

Igual le ocurrió respecto de la Unidad Nacional. Personalmente, habiéndose quedado en Aragón, hubiese reinado más según su propia voluntad.

Lo grave es que Castilla no le agradeció lo que por ella hizo. Por Castilla dejó su reino, y vasallos. A Castilla adscribió sus glorias y en beneficio de ella redundaron sus personales triunfos. Permitió que las americanas tierras fueran declaradas de la soberanía de Castilla. Le anexionó Navarra contra la geografía y la historia. Sacrificó hombres y dineros aragoneses por empresas privativas de Castilla que luego le pagó, al morir la reina, con la dolorosa moneda de preferir a un alocado joven extranjero. Una vez más se repitió la historia: Por las calles de Burgos debió volverse a oír la romancera voz de Castilla, diciendo por la boca de alguna mujer del pueblo: ¡Dios, que buen vasallo! Porque servidor y leal vasallo de Castilla fué siempre.

En su ausencia reconocieron sus méritos. Lo llamaron de nuevo y regresó olvidando y perdonando desagradecimientos y traiciones.

Quizás el secreto de los triunfos que le proporcionó su carácter fué que no se dejó caer jamás en esos tan modernos y tan antiguos complejos de superioridad o de inferioridad, a que tan dados somos los españoles y que nos llevan a los extremos de considerarnos, en el término de horas, desde Duques de Osuna hasta tristes pordioseros. Mantuvo su temperamento en esa zona templada, tan alejada del

trópico que enerva, cuanto del polo que congela. Acogió todo lo razonablemente aventurado, toda fogosa quimera susceptible de ser realizada en humanos moldes.

No varió en sus objetivos ni en sus fines, sino en los métodos, formas y procedimientos. Otro hubiera abandonado aquella costosa y larga guerra de Granada, pero él prometió comerse sus granos uno a uno y lo cumplió, unas veces con las bocas de sus cañones y otras con la de la diplomacia. Y todo esto sin que aceptemos la afirmación de que el maquiavelismo es creación fernandina. Lo que les ha molestado a nuestros proverbiales enemigos ha sido el que su maquiavelismo de siempre no tuvo éxito con el rey Fernando. El gran empeño que algunas naciones han tenido en cargar de tintas negras la persona de Fernando, es para nosotros la mayor y mejor prueba de su valía.

Le acusan también de que era muy avaro. Con motivo de su muerte Pedro Mártir de Anglería, sin ninguna intención ni conveniencia personal dijo: «El Señor de tantos reinos, el adornado de tantas palmas, el propagador de la religión católica, y el vencedor de tantos enemigos, murió en una miserable casa rústica y contra la opinión de las gentes, pobre. Apenas encontró dinero, ni en su comitiva ni en parte alguna para el funeral». Y precisa Hernando del Pulgar: «porque todas sus rentas gastaba en cosas de la guerra y estaba en continuas necesidades».

Todo lo dicho nos lleva a la convicción de que efectivamente hay en la historia española hombres modelos, prototipos dignos de imitar y propagar y la obligación de hacer saber al mundo que lo son mucho más que los que ellos han tenido tanto interés en fijar. Y que no son exclusivamente el iluso don Quijote, ni el zafio Sancho, ni el disipado don Juan, sino que también lo es el de Don Fernando el Católico.

También hay que incrustar en lo más íntimo de las juventudes españolas el orgullo de haber tenido en España hombres como Don Fernando el Católico y hacerles sentir la obligación de imitarle siendo tan sólidos en la fe interior cuanto fluidos y realistas en el quehacer exterior.

ARSENIO MUÑOZ DE LA PEÑA



## JOYAS DE GUADALUPE

Tres Cuadros de ZURBARAN

A D. Pedro Romero Mendoza, cordialmente

I

### La Penitencia del P. Salmerón

El pie se posa ingrave sobre el transido suelo,  
luz dorada la estancia del pobre fraile inunda  
Jesús llega a enjugar del padre Andrés el duelo  
y con aguas muy puras sus rigores fecunda.

La mano poderosa mitiga el desconsuelo,  
que el áspero Cenobio sobre cilicios, funda  
y, en la frente del monje ha abafido su vuelo,  
cual paloma que vela su mística coyundá...

La túnica de Cristo tan nitida de albores  
prende al manto arreboles de Célicos fulgores,  
que trascienden fluidos de la carne divina...

El hombre torturado por mil maceraciones,  
con los oídos del alma sólo escucha canciones,  
cosas que da a su gozo, la cítara angelina...

II

### Fray Gonzalo de Illescas

Sobre un fondo de grises pórticos palatinos  
el recio Padre Illescas, que Zurbarán creara  
su dignidad nos muestra, en quilates tan finos,  
que de la Sacristía es la joya más cara.

Sagaz, desde su altura escruta los caminos  
tortuosos y dolientes donde el mundo se azara,  
y, porque está de vuelta de cilicios y espinos  
consuela las flaquezas que el dolor le depara...

Aunque brocados cubren la mesa ennoblecida  
donde infolios condensa la Ciencia poderosa  
tras la que el hombre corre perdido por la sombra.

La horrible calavera a meditar convida,  
en la fugaz ceniza que encierra toda cosa;  
e interroga al misterio el gozque de la alfombra.

III

### La Misa del P. Cabañuelas

Revestido de encajes y brocados de oro,  
que extremo pincel labrara a maravilla  
del Alba nacarina al silencio sonoro  
el Padre Cabañuelas, ante el altar se humilla.

El vino, rubí puro, del Cordero tesoro  
en el fondo del Cáliz estremecido brilla...

En la frente del fraile rápido meteoro,  
el Augusto Misterio con la duda mancilla...

Tiembla, vacila, gime. Una nube ha ocultado  
de su vista la Hostia, que asciende en el espacio  
empapando de sangre los corporales linos...

El acólito ajeno permanece embobado,  
mientras el venerable palidece despacio  
temeroso a perder del Señor los caminos.

ANTONIO LOPEZ MARTINEZ